

Escalas de masculinidad y feminidad: estado actual de la cuestión

Juan Fernández, María Ángeles Quiroga, Isabel del Olmo y Antonio Rodríguez*
Universidad Complutense de Madrid y * Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid

Tras más de un cuarto de siglo de investigaciones con las *nuevas escalas* de masculinidad y feminidad, se realiza una evaluación de su fundamentación teórica y de su adecuación empírica. Las hipótesis a poner a prueba son: a) la multidimensionalidad frente a la bidimensionalidad; b) la insatisfactoria proporción de varianza explicada (menos del 50%); c) la inconsistencia entre los factores a la luz del modelo dualístico (bidimensionalidad independiente). Se llevaron a cabo tres estudios diferentes, aunque complementarios: 618 estudiantes universitarios participaron en el primero, 200 en el segundo y 287 en el tercero. Tras los correspondientes análisis factoriales (PFA), los resultados ponen de manifiesto el apoyo empírico a la multidimensionalidad, la escasa proporción de varianza explicada por los ítems de estas escalas y la relativa inconsistencia entre factores. Se analizan todos estos datos a la luz del modelo de la doble realidad del sexo y el género.

Masculinity and femininity scales: Current state of the art. A theoretical and empirical review of masculinity and femininity scales was carried out after 30 years of their existence. Hypotheses to be tested were: (a) multidimensionality versus bidimensionality; (b) inadequate percentage of variance accounted for (less than 50%); (c) inconsistency between factor structure and the dualistic model. 618, 200 and 287 students took part in each of the three studies that were carried out. Factorial analyses (PAF) were performed. Results support multidimensionality, unsatisfactory percentage of variance accounted for, and lack of congruence between obtained factors and the dualistic model. All these data were analysed within the context of the twofold sex and gender reality model.

En el segundo cuarto del siglo XX apareció, dentro de la psicología, una manifiesta preocupación por responder empíricamente a la pregunta sobre el significado de la masculinidad (M) y la feminidad (F). De ahí que fueran varios los instrumentos elaborados a tal fin (Gough, 1952; Hathaway y Mckinley, 1943; Strong, 1936; Terman y Miles, 1936).

Las características comunes para la elaboración de estos instrumentos fueron: a) que los ítems pudieran diferenciar psicológicamente a los varones de las mujeres sin importar el grado de heterogeneidad de sus contenidos, y b) que abarcaran el desarrollo funcional y disfuncional. En la elección de estos ítems predominó la discriminación empírica sobre cualquier esbozo mínimamente teórico, con la única condición de que representasen la concepción de M y F implícita en la sociedad: «Me gustan las revistas de mecánica», «Me asustan mucho las tormentas» (Fernández, 1983).

A medida que se fueron obteniendo datos, con diferentes participantes, iban aumentando las dudas tanto sobre la fiabilidad como sobre la validez de la información recogida con estos instrumentos. En la década de los setenta apareció uno de los artículos

más crítico, centrado en las deficiencias teóricas y empíricas encontradas en todos los anteriores (Constantinople, 1973). Este trabajo supuso un antes y un después en lo tocante al análisis y la conceptualización de estos constructos.

Uno de los aspectos más criticados era la falta de teoría, pues se había confiado ciegamente en un puro empirismo: el del potencial discriminador de los ítems y, por tanto, su idoneidad para materializar científicamente la M y F. Visto el escaso éxito obtenido y las críticas surgidas, algunos autores decidieron recurrir a una teoría capaz de guiar la elección de elementos de unas *nuevas escalas* de M y F. La teoría elegida fue la de los dominios instrumental (I) y expresivo (E) de Parsons y Bales (1955). A esta concepción se unirían otras, relativamente coincidentes (Bakan, 1966; Koestler, 1967, 1978), siendo el denominador común de todas ellas diferenciar la M y F a partir de los papeles sociales que desempeñan cada uno de los sexos (Helgeson, 1997).

Estos esbozos teóricos se concretan, en la década de los setenta, en las *nuevas escalas* de M y F (Baucom, 1976; Bem, 1974; Berzins, Willing, y Wetter, 1978; Heilbrum, 1976; Spence, Helmreich, y Stapp, 1974, 1975). Estos instrumentos manifiestan las siguientes características: a) parten del modelo dualístico: I y E, forjado en las décadas 50 y 60 por los autores arriba citados; b) las escalas de M y F deben ser independientes; c) esta independencia posibilita una cuádruple tipología (sujetos andróginos, masculinos, femeninos e indiferenciados), no relacionada con el dimorfismo sexual; d) se pasa de la biología del

sexo a la realidad social del género, por lo que el criterio ahora en la selección de los elementos no es la diferenciación/discriminación entre los sexos, sino la deseabilidad social tipificada sexualmente (Bem, 1974; Spence y Buckner, 2000; Spence y Helmreich, 1978).

¿Qué es lo que se puede afirmar después de más de 30 años de investigación, fundamentalmente empírica (Spence, 1999), sobre masculinidad y feminidad o instrumentalidad y expresividad?

El objetivo básico del presente trabajo es intentar dar respuesta fundamentada a esta cuestión, teniendo en cuenta que las nuevas escalas han sido objeto ya de abundantes críticas tanto desde el punto de vista metodológico —multidimensionalidad frente a bidimensionalidad— como teórico —¿es diferente la M de la I o la F de la E?— (Auster y Ohm, 2000; Cook, 1985, 1987; Marsh y Myers, 1986; Pedhazur y Tetenbaum, 1979; Taylor y Hall, 1982; Woodhill y Samuels, 2003). Para ello se partirá, como marco de análisis y comprensión, del modelo de la doble realidad del sexo y el género. Estas dos realidades muestran escaso solapamiento entre ellas y no se da una identificación literal de la realidad del sexo con lo biológico y de la realidad del género con lo social. De hecho, el desarrollo del sexo a lo largo de la vida implica necesariamente una evolución psicosocial (asignación sexual, discriminación sexual, identificación sexual, reajuste sexual para mujeres y varones), así como el desarrollo del género no puede entenderse sin contar con el dimorfismo sexual aparente, que necesariamente implica la consideración de variables de tipo biológico (Fernández, 1996, 2000a). Desde esta perspectiva, el estudio de la extensa realidad del sexo lo realiza la sexología (Abramson, 1990; McConaghy, 1999), mientras que el análisis de la también extensa realidad del género lo lleva a cabo la generología (Fernández, 2000b). La masculinidad y la feminidad constituirían un campo de solapamiento entre la sexología y la generología, quedando los dominios de la instrumentalidad y la expresividad (a ser posible mejor delimitados) dentro del campo de la generología. El solapamiento entre I y M y entre E y F, conceptualmente hablando, no debería ser muy elevado al ser realidades distintas, aunque con un mínimo solapamiento entre ellas por tener un denominador común: el dimorfismo sexual y la reflexión personal y social que se realiza a partir del mismo.

Las hipótesis que se van a poner a prueba, empleando los dos instrumentos sin lugar a dudas más utilizados en las investigaciones del último cuarto del siglo —el Bem Sex Role Inventory (BSRI) y el Personal Attributes Questionnaires (PAQ)— son:

- 1) Estos instrumentos materializan más una multidimensionalidad que la supuesta bidimensionalidad, incluso en sus versiones más reducidas y pulidas, como es el caso del BSRI —12 ítems— (Mateo y Fernández, 1991).
- 2) La estructura factorial debiera representar la máxima comunalidad posible, de forma que la proporción de varianza explicada pueda resultar satisfactoria (superior al menos al 50%), aunque los trabajos realizados en España no invitan al optimismo al respecto (García-Vega, Fernández García, y Rico Fernández, 2005).
- 3) El análisis conjunto del BSRI y del PAQ debiera proporcionar soluciones factoriales equiparables, dado que pretenden valorar los mismos constructos: M y F o, más específicamente, I y E (Spence y Buckner, 2000; Stake, 1997).

PRIMER ESTUDIO

Método

Participantes

618 estudiantes universitarios (52% mujeres y 48% varones) cumplieron el BSRI (56% de primero, 7% de segundo, 34% de tercero y 3% de cuarto). Las titulaciones de Pedagogía e Ingeniería Electrónica mostraron claros sesgos en la distribución por sexos (10% varones y 90% mujeres frente a 91% varones y 9% mujeres, respectivamente), pero no Ciencias Biológicas (43% varones y 57% mujeres), Magisterio —Educación Física— (59% varones y 41% mujeres) y Ciencias Empresariales (45% varones y 55% mujeres) y Económicas (51% varones y 49% mujeres). Estas titulaciones representan, en su conjunto, las tres clases de centros típicos del ámbito universitario español: aquellos en los que predominan los varones, aquellos que muestran el patrón opuesto y los que guardan un cierto equilibrio.

Instrumentos

Se ha utilizado el Bem Sex Role Inventory (Bem, 1974), descartando los 20 elementos que no valoran M o F, quedando reducido a 40 ítems (BSRI —40 ítems—). Esta forma es la más común a lo largo de estos últimos treinta años (Holt y Ellis, 1998; Konrad y Harris, 2002; Maznah y Choo, 1986). Los elementos fueron traducidos al castellano por el primer firmante al inicio de la década de los 80, siendo después traducidos al inglés por dos personas bilingües, una nacida y criada en Estados Unidos y la otra en España. El resultado final fue un consenso pleno de los tres investigadores en la versión castellana utilizada en este trabajo. Los participantes debían manifestar en qué grado estaban de acuerdo con el contenido de cada ítem, referido a sí mismo. La escala de valoración, tipo Likert, iba de 1 a 7, significando el 1 el total acuerdo y el 7 el total desacuerdo.

Procedimiento

El BSRI (40 ítems) fue aplicado conjuntamente por uno de los autores junto con el profesor que en esos momentos impartía su clase, previo permiso del profesor y de los alumnos. Se les rogaba a éstos que fueran sinceros en sus contestaciones y se les aseguraba el total anonimato de sus respuestas. No se les indicó lo que se pretendía valorar con el BSRI.

Análisis de datos

Se realizó un análisis de factores principales (PFA), con rotación oblicua, reteniendo los factores con autovalor superior a 1. Se utilizó la rotación oblicua porque: a) si los valores de correlación entre factores resultaban bajos se podría concluir directamente que los factores eran independientes, mientras que b) si eran altos, obligaban a poner en duda la ortogonalidad presupuesta. Se utilizó el SPSS 12.0

Resultados

La matriz de correlaciones entre ítems mostró suficiente nivel de relación entre ellos (KMO= 0.793) como para poder llevar a cabo el análisis factorial. En la tabla 1 se incluye la matriz factorial rotada y los índices de comunalidad para cada ítem.

Tabla 1
Análisis factorial (ejes principales) del BSRI usando rotación oblicua

	M/F	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	h ²
Entusiasta con los niños	F	.452												.323
Simpático	F	.426												.369
Alegre	F	.419												.437
Afectuoso	F	.399								.345				.520
Actúa como un líder	M		.850											.790
Dominante	M		.660											.606
Con madera de líder	M		.604											.599
Agresivo	M													.405
Femenino	F			-.909										.846
Masculino	M			.905										.895
Defensor de tus propias creencias	M				.719									.530
Personalidad fuerte	M				.495									.521
Autosuficiente	M					.695								.638
Independiente	M					.449								.385
Toma decisiones fácilmente	F					.398								.291
Adulable	F					-.378								.299
Analítico	M						.521							.405
Leal	F						.474							.368
Asertivo	M						.313							.229
Tímido	F													.187
Comprensivo	F													.443
Autoconfiado	M							-.399						.446
De habla suave	F													.219
Crédulo	F													.236
No usa palabrotas	F													.065
Complaciente	F													.267
Ambicioso	M								-.690					.557
Competitivo	M								-.655					.538
Tierno	F									.790				.796
Cálido	F									.698				.568
Dispuesto a definirse	M									.536				.369
Individualista	M										.446			.403
Infantil	F										.408			.217
Vigoroso	M											-.587		.436
Con predisposición a arriesgarse	M											-.380		.342
Atlético	M			.348								-.354		.397
Se desvive por consolar	F												.667	.529
Compasivo	F												.605	.415
Sensible a las necesidades de otros	F												.558	.473
Gentil	F													.346

Nota: sólo se incluyen los coeficientes estadísticamente significativos (iguales o superiores a 0,30 dado N= 618, α= 0,05 y potencia= 0,80)

Los resultados obtenidos muestran la existencia de varios factores formados por elementos bien de masculinidad o bien de feminidad, como es el caso de los dos primeros o los dos últimos, pero también nos encontramos con que: a) hay factores constituidos por elementos tanto masculinos como femeninos (5, 6 o 9); b) uno de ellos (el tercero) es un factor bipolar; c) hay varios elementos que no muestran saturación significativa en ninguno de los 12 factores; y d) aparece un factor constituido por un único elemento y varios

por dos. Gracias a los valores de la comunalidad, se constata que hay elementos que tienen poco en común con los constructos tratados (por ejemplo, No usa palabrotas, o Tímido), siendo así que, además, los valores de la mayoría de los elementos son más bien bajos. A todo ello hay que añadir que el porcentaje de varianza explicado por los 12 factores es bajo: 44.25%. Las saturaciones negativas que aparecen en varios factores no son fáciles de explicar desde el modelo dualístico (bidimensional independiente).

La matriz de correlaciones entre factores (tabla 2) muestra una heterogeneidad considerable de magnitudes y signos que hacen difícil encontrar un significado claro con relación a los constructos supuestamente evaluados.

Conclusiones

Con estos participantes, los datos muestran un claro apoyo empírico a la hipótesis de la multidimensionalidad frente a la bidimensionalidad del BSRI, si bien resulta difícil realizar un análisis lógico sobre la significación de tales dimensiones.

Si se comienza teniendo presente el modelo dualístico original, asumido por la autora del BSRI: ¿qué puede significar, a título de ejemplos ilustrativos, una correlación algo más elevada del Factor 1 (F) con el 9 (mezcla de F y M), que la que se obtiene con el 12 (F); o la correlación del 2 (M) con el 4 (M) —correlación positiva—, pero negativa con el 8 y el 11 (también M); o la correlación negativa del 3 (un elemento M y otro F) con el 8 (dos elementos M), con el 11 (tres ítems M) y con el 12 (tres ítems F)? Sólo con estas cuestiones, que podrían ampliarse, uno ya se percata de que es difícil dar un mínimo sentido a los resultados obtenidos dentro del modelo dualístico inicial.

Si ahora asumimos la multidimensionalidad, tampoco es fácil obtener una interpretación coherente, pues sería preciso presuponer distintos tipos de feminidad y de masculinidad, asumiendo, a su vez, que en algunos casos los distintos tipos de feminidad o de masculinidad se relacionarían positivamente, en otros casos apenas habría relación y en ocasiones la relación sería negativa. Además, los ítems «masculino» y «femenino» formarían un factor bipolar independiente (F3) que apenas tendría que ver con el resto de factores, por lo que parece oportuno preguntarse por qué precisamente los otros factores se han de seguir llamando de masculinidad y feminidad cuando los participantes no los relacionan con lo que ellos piensan o se imaginan que puede ser la masculinidad o la feminidad.

Sólo a la luz de lo que sucedió con las primeras escalas de M y F, basadas únicamente en el criterio empírico de diferenciar en función del sexo (sin base teórica alguna), es posible entender lo que ocurre con el BSRI. También aquí nos encontramos sin una teoría sólida (los constructos de instrumentalidad y expresividad resultan a todas luces demasiado vagos y ambiguos y mucho más

los conceptos de masculinidad y feminidad), por lo que, de nuevo, el recurrir a un criterio empírico —el grado de deseabilidad de cada ítem para varones y mujeres en una sociedad concreta y en un momento determinado de la historia— no parece haber sido adecuado. Teniendo esto en cuenta, parece que el panorama se aclara: lo que nos proporcionan los análisis de datos no puede ser otra cosa que un conjunto de factores, más bien yuxtapuestos, que se corresponden con un sistema de selección de elementos guiado únicamente por el criterio empírico de aceptación en función de la mayor deseabilidad social para uno u otro sexo. No cabe buscar coherencia teórica donde previamente no la había. Por otro lado, si lo que predomina en la selección de los elementos es un criterio básicamente empírico para una sociedad determinada en un tiempo concreto, cabe esperar que tal vez en otra sociedad o en otro tiempo distinto de esa misma sociedad los resultados puedan ser muy diferentes. Esto es, en definitiva, lo que parece suceder con este instrumento de evaluación.

¿Qué ocurrirá si en vez del BSRI se utiliza el PAQ? Éste es justamente el objetivo del segundo estudio, en el que se ponen a prueba las mismas hipótesis: multidimensionalidad frente a bidimensionalidad e insatisfactoria proporción de varianza explicada.

SEGUNDO ESTUDIO

Participantes

Un total de 200 estudiantes universitarios (60% mujeres y 40% varones) de Magisterio de la Universidad Complutense (74.5% de primero y 25.5% de segundo) cumplieron el PAQ. La edad media de los participantes fue de 20.36 años ($SD= 2.66$) y el rango de edad de 17 a 31. No hubo diferencias estadísticamente significativas en cuanto a la edad de los participantes de cada sexo (Mujeres, Media= 20.49 y $SD= 3.03$; Varones, Media= 20.16 y $SD= 1.98$; $t(185, N= 200)= 0.911$; $p= .364$).

Instrumento

El PAQ, después del BSRI, es el más empleado y el que goza de mejores propiedades psicométricas (Beere, 1990). Los partici-

Tabla 2
Matriz de correlaciones entre factores

Factores	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
1												
2	.039											
3	-.064	.067										
4	.068	.247	-.073									
5	.017	.179	-.038	.236								
6	.085	-.050	-.103	.217	.093							
7	-.076	-.013	-.009	.037	-.034	-.128						
8	-.008	-.252	-.265	-.121	-.156	-.077	.073					
9	.381	.038	.067	.129	-.066	.180	-.196	-.144				
10	-.068	-.026	.110	-.159	-.023	.067	-.030	-.084	-.050			
11	-.143	-.173	-.180	-.280	-.127	-.137	.019	.269	-.211	-.007		
12	.313	-.041	-.196	-.141	-.013	.168	-.173	-.014	.366	.024	-.065	

Nota: las correlaciones iguales o superiores a ± 0.08 son estadísticamente significativas para $\alpha= 0,05$ y las correlaciones iguales o superiores a ± 0.10 para $\alpha= 0,01$

pantes deben manifestar en qué grado están de acuerdo con el ítem que se les presenta. Se han tenido en cuenta sólo los 8 ítems que evalúan la instrumentalidad –I— y los 8 que valoran la expresividad –E— (Spence y Helmreich, 1978; Spence et al., 1974, 1975), al igual que se hizo con el BSRI. Se ha transformado la escala de valoración de 1 a 7 en vez de 1 a 5 del original, a fin de igualar el formato de respuesta para ambos instrumentos. Para su traducción se siguió el mismo procedimiento que con el BSRI.

Procedimiento y análisis de datos

Similares a los del primer estudio.

Resultados

La matriz de correlaciones entre ítems mostró suficiente nivel de relación entre ellos (KMO= 0.755) como para poder llevar a cabo el análisis factorial. La matriz factorial rotada se incluye en la tabla 3. Los datos muestran 5 factores. El primero de ellos es de E, el segundo y tercero de I, y el cuarto y quinto de E. Entre todos ellos explican el 37.85% de la varianza. Además, cinco ítems no

alcanzan el valor mínimo de saturación que sería estadísticamente significativo, por lo que no aparecen formando parte de ningún factor. Analizando la comunalidad aparecen elementos con valores muy bajos (por ejemplo, .105, .200, .218), siendo así que, en general, no son precisamente muy altos los de la mayoría de los elementos.

La matriz de correlaciones de los factores (tabla 4) muestra también heterogeneidad de magnitudes y signos que hacen difícil encontrar un significado claro con relación a los constructos supuestamente evaluados.

Así, por ejemplo, ¿qué valor, más allá del meramente estadístico, se puede dar a unas correlaciones de factores formados como máximo por tres elementos en su relación con otros formados por dos y un elemento? Si nos detenemos en la primera columna llama la atención que las correlaciones más altas sean las correspondientes al Factor I (E) con los Factores II y III (I). Si pasamos a la segunda columna lo que choca es que el Factor II (I) correlacione negativamente con el Factor 4 (E) —este tipo de correlaciones no estaban previstas en el modelo dualístico— y no correlacione, en cambio, con el Factor 5 (E). Así se podría seguir con el resto de columnas.

Tabla 3
Análisis factorial (ejes principales) del PAQ usando rotación oblicua

	M/F	1	2	3	4	5	h ²
Amable	E	.537					.446
Servicial	E	.509					.433
Cortés	E	.490					.283
Seguro de sí mismo	I		.832				.682
Me conservo íntegro bajo presiones	I		.546				.298
Independiente	I		.450				.218
Con capacidad para tomar decisiones	I						.229
Activo	I			.713			.494
Nunca me doy por vencido	I						.399
Cálido en las relaciones con los demás	E				.736		.586
Consciente de los sentimientos de los demás	E				.513		.420
Emocional	E						.200
Con capacidad de dedicarse a los otros	E					-.553	.508
Comprensivo con los demás	E					-.511	.417
Competitivo	I						.337
Me siento superior a los otros	I						.105

Nota: sólo se incluyen los coeficientes estadísticamente significativos (iguales o superiores a 0,40 dado N= 200, α= 0,05 y potencia= 0,80)

Tabla 4
Matriz de correlaciones entre factores

	1	2	3	4	5
1					
2	.332				
3	.315	.375			
4	.226	-.137	.135		
5	-.155	.021	.027	-.389	

Nota: las correlaciones iguales o superiores a ± 0.14 son estadísticamente significativas para α= 0,05 y las correlaciones iguales o superiores a ± 0.18 para α= 0,01

Conclusiones

También con el PAQ vemos que se corrobora el planteamiento de la multidimensionalidad frente a la bidimensionalidad, aunque tanto en un caso como en el otro no sea fácil entender el significado de tal multidimensionalidad, más allá incluso de las disputas sobre si estamos valorando con estos instrumentos más la instrumentalidad y la expresividad que la masculinidad y la feminidad, o a la inversa. Cuando se carece de una delimitación conceptual clara no parece tener excesiva relevancia el puro nominalismo: ¿Qué más da hablar de masculinidad o de instrumentalidad si en ambos casos no sabemos muy bien a qué nos estamos refiriendo?

Igual ocurre con respecto a la expresividad y la feminidad. No nos ha de extrañar, pues, que los análisis de datos nos devuelvan la yuxtaposición multidimensional que los autores del instrumento introdujeron al elegir unos elementos por el solo hecho de tener poder discriminatorio en cuanto a la deseabilidad social favorable para uno u otro sexo, en el marco de una sociedad determinada. De ahí, también, la insatisfactoria proporción de varianza explicada para el instrumento.

Llegados a este punto parece pertinente tratar de poner a prueba la tercera hipótesis: ¿valoran estos dos instrumentos, considerados conjuntamente, la bidimensionalidad de la M/I y F/E?

TERCER ESTUDIO

Participantes

287 estudiantes universitarios (57.8% mujeres y 42.2% varones) cumplieron el PAQ de 16 elementos y el BSRI de 12 ítems (véase más adelante). Cursaban distintas titulaciones (Ciencias Biológicas, Políticas, Medicina, Psicología y Magisterio), siendo la mayoría de primer y segundo año de carrera (50.2% y 22.3%, respectivamente). La edad media de los participantes fue de 20.22 años ($SD=3.68$) y el rango de edad de 17 a 48. No hubo diferencias estadísticamente significativas en cuanto a la edad de los participantes de cada sexo (Mujeres, Media= 20.22 y $SD=3.99$; Varones, Media= 20.23 y $SD=3.22$; $t(284, N=287)=-0.005$; $p=.996$).

Instrumentos

Se utilizaron el PAQ de 16 ítems y el BSRI de 12 elementos, aquéllos que tras diversos análisis factoriales exploratorios y confirmatorios mejor materializaban los dominios instrumental/masculino y expresivo/femenino (Mateo y Fernández, 1991). De esta forma es posible acercarse a lo que es la tendencia asumida incluso por las propias autoras de estos instrumentos: considerar las formas abreviadas más pertinentes que las versiones originales.

Procedimiento

Similar al de los dos estudios anteriores

Análisis de datos

Se realizó un análisis de factores principales (PFA), rotación oblicua, con ambos instrumentos conjuntamente, utilizando para ello el SPSS 12.0. El análisis conjunto de los ítems de ambos instrumentos tuvo por único objeto verificar si realmente miden los mismos constructos subyacentes.

Resultados

Tal como se muestra en la tabla 5 aparecen 7 factores, que explican el 48.748% de la varianza, con una configuración muy diferente.

Los Factores II y IV agrupan los ítems de M de ambos instrumentos, mientras que los Factores III y V agrupan los ítems de F. La relación existente entre los dos factores de M es escasa (aunque estadísticamente significativa: .247; tabla 6), mientras que es algo mayor la existente entre los dos factores de F (.410). Estos datos

apoyarían, en el mejor de los casos, la bidimensionalidad de cada constructo, esto es, dos expresiones de masculinidad (relativamente independientes) y dos expresiones de feminidad (relativamente relacionadas) y, por lo tanto, la multidimensionalidad del constructo masculinidad-feminidad. Ahora bien, los valores de communalidad de muchos de los ítems que configuran estos cuatro factores son más bien bajos. Además, si bien una faceta de la masculinidad (Factor II) no está relacionada con la feminidad (Factores III y V; tabla 6), la otra faceta sí lo está (Factor IV con Factores III y V). Por tanto, la supuesta independencia entre la masculinidad y la feminidad sólo se cumpliría parcialmente.

Los Factores VI y VII son poco significativos, aunque sólo sea por el hecho de estar constituidos por sólo dos elementos. El primer factor requiere una consideración especial, aunque nada más sea porque es el que mayor proporción de varianza explica (20%), llegando casi él solo a explicar lo que conjuntamente explican los factores segundo, tercero, cuarto y quinto. Este factor está compuesto por tres ítems de F y uno de M. Por su contenido más parece referirse a características muy generales que las personas consideran deseable poseer en nuestra sociedad (cortés, amable, gentil, íntegro) que a aspectos constitutivos de la masculinidad o de la feminidad. Tal vez por ello el valor de las correlaciones con los factores segundo, tercero, cuarto y quinto sea siempre relativamente bajo y positivo (tabla 6).

Conclusiones

A la luz de estos resultados parece difícil poder encontrar una explicación coherente a la significación de todos estos factores. Sólo en el caso de que nos limitásemos al análisis de los Factores II y III se podría decir que los presupuestos (bidimensionalidad y escasa correlación) se han cumplido plenamente. Ahora bien, si se tienen en cuenta todos ellos, ya empiezan a surgir serias dudas en cuanto a lo que puedan significar la masculinidad (varios factores) y la feminidad (varios factores) o la instrumentalidad y la expresividad en sí mismas. Una vez más hay que resaltar que se echa en falta una teoría, capaz de especificar con antelación a qué nos estamos refiriendo cuando utilizamos estas expresiones.

Discusión y conclusiones

Tal vez la situación de estas nuevas escalas de M/I y F/E, a comienzos del siglo XXI, sea bastante semejante a lo que les ocurría a las escalas más clásicas a mediados de la década de los setenta del pasado siglo, tal cual certeramente puso de manifiesto Constantino (1973): que no son razonablemente válidas para evaluar lo que sus autoras dicen que valoran —en nuestro caso, M y F (Bem, 1974) e I y E (Spence et al., 1975).

A la luz de los resultados obtenidos con los tres grupos distintos de participantes (estudiantes universitarios) queda claro que el modelo dualístico, materializado bien mediante el BSRI o a través del PAQ, no recibe el esperado respaldo empírico. En el mejor de los casos, la bidimensionalidad tiene que dejar paso a la multidimensionalidad. La primera hipótesis recibe así un fuerte apoyo empírico, en la línea de la mayoría de los trabajos que se vienen realizando con estas escalas en distintos países, sobre todo con el BSRI. Ahora bien, ni siquiera considerando esta multidimensionalidad parece que se pueda contar con un nivel satisfactorio de varianza explicada: no se alcanza el punto de corte establecido del 50%. Muy probablemente una causa de este hecho resida en la fal-

Tabla 5
Análisis factorial (ejes principales) del BSRI y el PAQ usando rotación oblicua

	M/F	1	2	3	4	5	6	7	h ²
Cortés (PAQ)	F	.531							.493
Amable (PAQ)	F	.482							.579
Gentil (BSRI)	F	.406							.446
Me conservo íntegro bajo presiones (PAQ)	M	.397							.350
Simpático (BSRI)	F								.333
Actúa como un líder (BSRI)	M		.937						.858
Con madera de líder (BSRI)	M		.770						.664
Dominante (BSRI)	M		.718						.593
Me siento superior a los otros (PAQ)	M		.455						.302
Competitivo (PAQ)	M		.395						.305
Tierno (BSRI)	F			.834					.684
Cálido (BSRI)	F			.798					.665
Cálido en las relaciones con los demás (PAQ)	F			.718					.612
Afectuoso (BSRI)	F			.702					.523
Emocional (PAQ)	F			.496					.378
Personalidad fuerte (BSRI)	M				.436			-.371	.517
Nunca me doy por vencido (PAQ)	M				.429				.394
Defensor de las propias creencias (BSRI)	M				.429				.253
Activo (PAQ)	M				.370				.326
Independiente (PAQ)	M				.368				.184
Sensible a las necesidades de los otros (BSRI)	F					.713			.524
Consciente de los sentimientos de los demás (PAQ)	F					.578			.420
Con capacidad de dedicarse a los otros (PAQ)	F					.517			.475
Comprensivo con los demás (PAQ)	F					.516			.453
Toma decisiones fácilmente (BSRI)	M						-.843		.725
Con capacidad para tomar decisiones (PAQ)	M						-.759		.687
Seguro de sí mismo (PAQ)	M								.415
Servicial (PAQ)	F							.493	.494

Nota: sólo se incluyen los coeficientes estadísticamente significativos (iguales o superiores a 0,35 dado N= 287, α= 0,05 y potencia= 0,80)

Tabla 6
Matriz de correlaciones entre factores

	1	2	3	4	5	6	7
1							
2	.211						
3	.237	.064					
4	.114	.247	.208				
5	.293	.012	.410	.163			
6	-.294	-.389	.012	-.302	-.087		
7	.121	-.142	.255	.033	.202	.086	

Nota: las correlaciones iguales o superiores a ± 0.10 son estadísticamente significativas para α= 0,05 y las correlaciones iguales o superiores a ± 0.13 para α= 0,01

ta de consistencia de la fundamentación teórica que sirvió de base para la elaboración de los instrumentos de evaluación aquí utilizados. No parece que los constructos de I y E (Parsons y Bales, 1955) y mucho menos los de M y F (Bem, 1974), todavía más difusos si cabe que los anteriores, tengan la solidez teórica suficien-

te como para que a partir de ellos se puedan elaborar instrumentos suficientemente válidos. Por eso la segunda hipótesis recibe también respaldo empírico: la proporción de varianza explicada no es precisamente la que uno desearía para instrumentos supuestamente válidos.

Asumida la multidimensionalidad y contando con que la proporción de varianza explicada no es satisfactoria, ¿qué interpretación razonable cabe dar a las dimensiones encontradas? Tal vez la menos mala sea la que se deriva del modo de selección de los elementos: lo que se estaría valorando sería la deseabilidad social tipificada sexualmente. De ahí esa yuxtaposición de dimensiones, que se asemeja mucho a la yuxtaposición encontrada con las escalas clásicas de la primera mitad de la pasada centuria. Al fin y al cabo, el modo de selección de ítems de unas y otras no fue tan diferente. Es más, existe un claro denominador común básico entre ellas que se asemeja a una red echada al mar que va recogiendo todo tipo de peces en función de las características de esa red, en este caso, la deseabilidad social tipificada sexualmente. ¿Tendrían algo en común estos peces? Muy probablemente tanto como lo que nos ha ocurrido con las dimensiones aquí señaladas. De ahí que la tercera hipótesis, de nuevo, reciba el apoyo de los datos: estos ins-

trumentos evalúan varias dimensiones difíciles de enmarcar dentro del modelo dualístico.

¿Cabría suponer un horizonte algo más halagüeño en el análisis de los asuntos estudiados? Los trabajos teóricos y empíricos sobre el modelo de la doble realidad del sexo y el género (Fernández, 1983, 1988, 1996a, 1998, 2000a) tal vez puedan proporcionar un marco adecuado al respecto. Desde este planteamiento es importante distinguir al menos entre roles —papeles mayoritariamente desempeñados por cada sexo—, estereotipos —sistemas de creencias vigentes en una sociedad determinada a partir del dimorfismo sexual aparente— y asimetrías de género —poder real desequilibrado entre los sexos—, con el fin de elaborar instrumentos centrados en cada uno de estos distintos dominios, aunque se pueda dar cierto solapamiento entre ellos. Un campo de conocimiento aparte, aunque complementario, que requiere instrumentos de evaluación distintos, es el de las posibles semejanzas y diferencias en función del dimorfismo sexual (aptitud verbal, aptitud espacial, agresividad, etc.), excluyendo lógicamente las semejanzas y diferencias puramente sexológicas. No resulta difícil imaginar que con este planteamiento estaríamos mejor preparados para la elaboración de distintos, aunque complementarios, instrumentos de evaluación de las diferentes parcelas de la compleja realidad del género, sin que nos encontráramos después con la mera yuxtaposición de componentes o factores de la que estamos siendo testigos. Dentro de este marco complejo es en donde tendrían cabida los trabajos actuales sobre instrumentalidad y expresividad, pero ahora con una base teórica más sólida y con un desglose claro de sus diversos componentes. Pero, ¿qué ocurre con la masculinidad y la feminidad dentro de este enfoque?

Ante todo, no parece conveniente identificar la masculinidad con la instrumentalidad y la feminidad con la expresividad, tal cual ahora se está haciendo. Si tiene algún sentido hablar de masculinidad y feminidad parece que éste reside en la reflexión (más con-

cretamente en el resultado de ésta) que a lo largo de la historia de la humanidad las personas y las sociedades realizan sobre la posible significación del hecho de ser varón frente al hecho de ser mujer, es decir, sobre el dimorfismo sexual. Dicha reflexión, a su vez, necesariamente va a estar condicionada por los sistemas de creencias predominantes en cada sociedad concreta, por lo que es previsible e hipotetizable que lo que se entiende por masculinidad y feminidad va a ir sufriendo cambios a lo largo de la historia. Si este planteamiento fuera cierto ya se podría poner a prueba la siguiente hipótesis: la relación entre el dimorfismo sexual y este fruto de la reflexión, que se llama masculinidad y feminidad, va a mostrar mayores correlaciones que las que cabe suponer para la relación entre el dimorfismo sexual y los ahora llamados dominios instrumental y expresivo. Incluso se podría aventurar que las relaciones entre las dimensiones serían también distintas: mientras, en el primer caso, la masculinidad y la feminidad mostrarían correlaciones negativas, en el segundo (instrumentalidad y expresividad), las correlaciones serían bajas y más bien positivas. Además, en esta misma línea, ya se cuenta con hipótesis apoyadas empíricamente, cuando se establece que, por ejemplo, la atracción sexual —ámbito de la realidad del sexo— no estará apenas relacionada con la instrumentalidad y la expresividad —ámbito de la realidad del género— (Fernández et al., 2005a, 2005b). Parece, pues, que ya hay resultados alentadores para el modelo de la doble realidad del sexo y del género, en tanto son considerados ámbitos relativamente independientes, a estudiar por disciplinas también independientes, como pueden ser la sexología y la generología.

Agradecimientos

Agradecemos a los centros universitarios su colaboración, y al doctor Miguel Ángel Mateo su revisión del manuscrito antes de ser enviado a la revista.

Referencias

- Abramson, P.R. (1990). Sexual science: Emerging discipline or oxymoron? *The Journal of Sex Research*, 17, 147-165.
- Auster, C.J., y Ohm, S.C. (2000). Masculinity and femininity in contemporary American society: A reevaluation using the Bem Sex-Role Inventory. *Sex Roles*, 43, 499-528.
- Bakan, D. (1966). *The duality of human existence*. Chicago, CA: Rand McNally.
- Baucom, D.H. (1976). Independent masculinity and femininity scales on the California Psychological Inventory. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 44, 876.
- Beere, C.A. (1990). *Gender roles. A handbook of tests and measures*. New York: Greenwood Press.
- Bem, S. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42, 155-162.
- Berzins, J.I., Welling, M.A., y Wetter, R.E. (1978). A new measurement of psychological androgyny based on the Personality Research Form. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 46, 126-138.
- Constantinople, A. (1973). Masculinity-femininity: An exception to the famous dictum? *Psychological Bulletin*, 80, 389-407.
- Cook, E.P. (1985). *Psychological androgyny*. New York: Pergamon Press.
- Cook, E.P. (1987). Psychological androgyny: A review of the research. *The Counseling Psychologist*, 15, 471-513.
- Fernández, J. (1983). *Nuevas perspectivas en la medida de la masculinidad y feminidad*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense.
- Fernández, J. (1996). ¿Son incompatibles la sexología y la generología? *Anuario de Sexología*, 2, 33-42.
- Fernández, J. (coord.). (2000a). *La intervención en los ámbitos de la sexología y la generología*. Madrid: Pirámide.
- Fernández, J. (2000b). ¿Es posible hablar científicamente de género sin presuponer una generología? *Papeles del Psicólogo*, 75, 3-12.
- García-Vega, E., Fernández García, P., y Rico Fernández, R.A. (2005). Género y sexo como variables moduladoras del comportamiento sexual en jóvenes universitarios. *Psicothema*, 17, 49-56.
- Gough, H.G. (1952). Identifying psychological femininity. *Educational and Psychological Measurement*, 12, 427-439.
- Hall, J.A., y Taylor, M.C. (1985). Psychological androgyny and masculinity x femininity interaction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 49, 429-435.
- Hathaway, S.R., y McKinley, J.C. (1943). *The Minnesota Multiphasic Personality Inventory*. New York: Psychological Corporation.
- Heilbrum, A.B. (1976). Measurement of masculine and feminine sex roles identities as independent dimensions. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 44, 183-190.
- Helgeson, V. (1997). Relation of agency and communion to well-being: Evidence and potential explanations. *Psychological Bulletin*, 116, 412-428.
- Holt, C.L., y Ellis, J.B. (1998). Assessing the current validity of the Bem Sex-Role Inventory. *Sex Roles*, 39, 929-941.
- Kaiser, H.F. (1974). An index of factorial simplicity. *Psychometrika*, 39, 31-36.
- Koestler, A. (1967). *The ghost in the machine*. London: Hutchinson.

- Koestler, A. (1978). *Janus. A summing up*. New York: Vintage Books.
- Konrad, A.M., y Harris, C. (2002). Desirability of the Bem Sex-Role Inventory for women and men: A comparison between African Americans and European Americans. *Sex Roles*, 47, 259-271.
- Marsh, H.W., y Myers, M.R. (1986). Masculinity, femininity and androgyny: A methodological and theoretical critique. *Sex Roles*, 14, 397-430.
- Mateo, M.A., y Fernández, J. (1991). La dimensionalidad de los conceptos de masculinidad y feminidad. *Investigaciones Psicológicas*, 9, 95-116.
- Maznah, I., y Choo, P.F. (1986). The factor structure of the Bem Sex-Role Inventory (BSRI). *International Journal of Psychology*, 21, 31-41.
- McConaghy, N. (1999). Unresolved issues in scientific sexology. *Archives of Sexual Behavior*, 28, 285-318.
- Parsons, T., y Bales, R.F. (eds.). (1955). *Family, socialization and interaction process*. New York: Free Press.
- Pedhazur, E.J., y Tetenbaum, T.J. (1979). The Bem Sex-Role Inventory: A theoretical and methodological critique. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 996-1016.
- Spence, J. (1999). Thirty years of gender research: A personal chronicle. In W. Swann, Jr., J. Langlois, y L. Gilbert (Eds.), *Sexism and Stereotypes in modern society: The gender science of Janet Taylor Spence* (pp. 255-289). Washington, DC: American Psychological Association.
- Spence, J., y Buckner, C. (2000). Instrumental and expressive traits, trait stereotypes and sexist attitude: What do they signify? *Personality of Women Quarterly*, 24, 44-62.
- Spence, J., y Helmreich, R. (1978). *Masculinity and femininity: their psychological dimensions, correlates and antecedents*. Austin, TX: University of Texas Press.
- Spence, J., Helmreich, R., y Holahan, C. (1979). Negative and positive components of psychological masculinity and femininity and their relationship to self-reports of neurotic and acting out behaviours. *Journal of Personality and Social Psychology*, 37, 1673-1682.
- Spence, J.T., Helmreich, R.L., y Stapp, J. (1974). The Personal Attributes Questionnaire: A measure of sex roles stereotypes and masculinity-femininity. *JSAS: Catalog of Selected Documents in Psychology*, 4, 43-44 (ms. No. 617).
- Spence, J.T., Helmreich, R.L., y Stapp, J. (1975). Ratings of self and peers on Sex Role Attributes and their relation to self-esteem and conceptions of masculinity and femininity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 32, 29-39.
- Stake, J.E. (1997). Integrating expressiveness and instrumentality in real-life settings: A new perspective on the benefits of androgyny. *Sex Roles*, 37, 541-564.
- Strong, E.K. (1936). Interest of men and women. *Journal of Social Psychology*, 7, 49-67.
- Taylor, M., y Hall, J.A. (1982). Psychological androgyny: A review and reformulation of theories, methods and conclusions. *Psychological Bulletin*, 92, 347-366.
- Terman, L.M., y Miles, C.C. (1936). *Sex and personality*. New York: McGraw-Hill.
- Woodhill, B.M., y Samuels, C.A. (2003). Positive and negative androgyny and their relationship with psychological health and well-being. *Sex Roles*, 48, 555-565.
- Ward, C.A. (2000). Models and measurement of psychological androgyny: A cross-cultural extension of theory and research. *Sex Roles*, 43, 529-552.